

106. ¿Prosperidad sin trabajo?...

Todos somos conscientes del tremendo problema que tienen planteado nuestros países latinoamericanos por causa de la enorme *deuda externa*, que nos tiene aplastados, y para la cual no se ve remedio, a no ser que las naciones ricas nos perdonen tantos miles de millones como les debemos.

Naturalmente, que aquí no nos metemos a hablar ni de causas ni de soluciones, que quedan todas en manos de técnicos. El fin de nuestro mensaje es mucho más modesto y tiene otras miras.

Nosotros nos limitamos a un autoexamen, y nos preguntamos: *¿no estamos obligados nosotros a hacer algo, lo mismo en el orden individual como el social, para disminuir esa tragedia?* En otras palabras: *¿trabajamos nosotros lo suficiente para aliviar esa situación tan dolorosa?*

Es cierto que los países ricos cometen con nuestros pueblos una injusticia enorme. Se nos llevan nuestras materias primas a precios ridículos, y después tenemos nosotros que comprar a precios altísimos los bienes de consumo que ellos han producido con lo nuestro. Esto es un hecho innegable. Es un pecado de ellos que casi clama al Cielo.

Pero, volvemos a preguntarnos: *¿no tenemos nosotros también algo de culpa en esta situación de pobreza en que nos debatimos? ¿Y no tenemos también mucha capacidad para mejorar nuestras condiciones de vida?* Las dos cosas son ciertas. Por una parte, somos con frecuencia responsables de nuestros males, y, por otra, somos capaces de mejorar mucho nuestro bienestar social.

Nos damos cuenta de cosas que no funcionan bien entre nosotros. Nuestro trabajo no es quizá lo intenso que debe ser. Sin un gran espíritu de trabajo y sin una gran formalidad en el rendimiento de los horarios prescritos, nunca llegaremos a prosperar lo que debemos y podemos.

Ojalá nos dominara la pasión por el trabajo que sintió aquel gran pensador y escritor. Amaba los libros como a la propia vida. Cae enfermo, se da cuenta de su gravedad, visita por última vez su atestada biblioteca, y exclama:

- *¡Qué lástima, morir cuando me queda tanto todavía por leer!...* (Menéndez y Pelayo)

Cuando se ama así el trabajo, la prosperidad más grande está llamando a la puerta. Mejor dicho, ha entrado en la casa y la llena a rebosar...

Se requiere, además, el espíritu de ahorro, de manera que no se malgaste muchas veces lo que ha costado tanto ganar. No tendremos nunca un pueblo rico mientras no tengamos un pueblo ahorrador. Los juegos de azar, por ejemplo, son muy malos consejeros cuando se quiere prosperar económicamente tanto en el orden individual como familiar y social...

Sabemos también que no todo lo que producen nuestras tierras privilegiadas se invierte en empresas que harían prosperar nuestros países, sino que va a parar en otros países en vez de crear nuevas fuentes de producción y muchos puestos de trabajo. El dinero tiene que quedar en casa y no escaparse a turistar por bancos extranjeros...

La administración pública además —esté en las manos del partido que sea, hoy uno, mañana otro— no es siempre lo honesta que deseamos, pedimos y tenemos derecho a

exigir los ciudadanos, de modo que vayan los bienes materiales a parar en las manos de todos y no se queden en la cuenta de unos cuantos privilegiados.

Pueblo que no es ni trabajador, ni ahorrador ni honrado, no será nunca un pueblo económicamente próspero.

Sin embargo, nuestros pueblos tienen un gran espíritu de sacrificio, de aguante y de generosidad, y, volcados hacia el trabajo, y contando con los medios oportunos, son capaces de mejorar mucho las condiciones de vida en nuestras tierras.

Podríamos aplicarnos el caso de Alemania, aunque a nosotros nos falte mucho para ser como esa nación admirable. Hundida después de la primera Guerra mundial, dijo de ella el odiado dictador Adolfo Hitler:

- *No tenemos oro, pero el oro de Alemania es la capacidad de trabajo del pueblo alemán* (La frase no era de Hitler, pero se la hizo muy suya)

Y de la misma Alemania —más que hundida, casi aniquilada del todo con la Segunda Guerra Mundial—, dijo su gran reconstructor y estadista Adenauer:

- *Los alemanes somos capaces de construir fábricas con la madera de nuestros bosques.*

Pensemos que no sólo un pueblo como el alemán, sino cualquiera de los nuestros, es capaz de mejorar mucho sus condiciones de vida si nos empeñamos los ciudadanos en el trabajo y en el ahorro.

Se requerirá también, como es natural, la inversión de las ganancias en nuestros propios países en vez de irse al extranjero, igual que podremos exigir siempre la honestidad en la administración pública.

Formarnos todos —y formar especialmente a los jóvenes en el espíritu de trabajo— es una de las tareas cívicas más importantes.

La pobreza que sufrimos no es siempre culpa nuestra, pues nos viene impuesta desde fuera injustamente.

Pero, nunca nos va mal un examen serio de conciencia. Si el espíritu de trabajo, —ley de la vida, ley humana y cristiana—, gobierna nuestro proceder, veremos cómo la riqueza afluye a las arcas de nuestros pueblos, felices con el bienestar que habrán cosechado con sus esfuerzos generosos...